

Volodia Teitelboim o la contra-cultura de la muerte

SERGIO RAMON FUENTEALBA*

Cuando le planteamos esta larga conversación con ATENEA, Volodia Teitelboim se reconoció un fervoroso lector de la revista desde muchacho, por considerar que es de “una proyección histórica trascendente y no siempre bien evaluada, durante sus setenta años, por los chilenos. Yo he conservado como joyas algunos números sueltos, donde he leído introducciones notables a la filosofía, a la sociología, al arte, a la educación y a la creación literaria. Desde la década de los '30, o de los '40, ha sido la gran revista cultural de este país. En esos años, leí poemas del Neruda que estaba en Oriente, y de muchos otros poetas, y tengo el recuerdo de sus directores y de su secretario de redacción, el intelectual venezolano Félix Armando Núñez. En la Universidad de Chile yo fui compañero de Escuela, muy cercano, de David Stitchkin. Entró a la carrera de Derecho, siendo un adolescente, en 1932, y resultó el alumno más brillante, el más estudioso, el más talentoso y el más responsable. También el más imaginativo. Y como tiene la vena artística, se estableció entre nosotros una cierta afinidad, en cuanto a considerar la Universidad, no sólo como una fábrica de profesio-

* SERGIO RAMÓN FUENTEALBA: Articulista de los diarios de la Empresa *El Sur* de Concepción, desde mayo de 1958. Director del Grupo Libre de Arte (Concepción, 1952), del Teatro La Pequeña Compañía, de esta ciudad, desde 1962. Fundador del Teatro Universitario de Chillán, 1967; del Teatro de los Estudiantes de la sede penquista de la Universidad Técnica del Estado, 1969, y del Teatro del Litoral, de Tomé, 1986.

nales, sino, también, la posibilidad de hacer cultura y que ésta se proyectara al país y al mundo. Su espíritu de apertura hacia todo el ámbito nacional, se manifestó durante su rectorado con el Teatro, con la Orquesta, con el Coro, con la Radio y, por cierto, también, con significativas ediciones de ATENEA, formadora de generaciones señeras de colaboradores y lectores. Y eso, ningún escritor como yo puede olvidarlo, porque en cada uno de sus números ha entregado la visión de un Chile más renovado intelectualmente y en su sentido más profundo. Pienso que esta revista ha contribuido a difundir los valores humanistas de una Universidad de Concepción, formadora de profesionales de gran calidad, y a la vez, representantes de la verdad y del coraje, ejemplos de una dignidad admirable y merecedora de todo mi respeto”.

– *Teniendo en cuenta el año de su nacimiento, también usted era un adolescente en 1932, ¿verdad?*

“También, en realidad. Yo nací en Chillán, el 17 de marzo de 1916, y me parece un tiempo ya prehistórico. Mis primeros recuerdos están vinculados con la Plaza del Mercado. En ese entonces, era un gran descampado con piedras de huevillo y nosotros jugábamos allí. Se hablaba de que en algún extremo había un comercio de la familia Brunet, de la escritora Marta Brunet. Yo sólo estuve un par de años en Chillán. Luego, mi familia se fue trasladando lentamente a ciudades del centro, en un afán de llegar a Santiago, que era el horizonte del mito, en el que podríamos salir de estrecheces y dificultades, y así, nos trasladamos a Talca, donde nacieron mis tres hermanos, y después a Curicó. Sin embargo, toda nuestra infancia es de esa zona y, en las vacaciones, volvíamos a Chillán y siempre en relación con la Plaza del Mercado, donde llegaban las carretas y allí se descargaban. Era una institución nacional, porque la Feria se estimaba lo más chileno, lo más folklórico, lo más típico de una zona campesina. Allí se vendía todo lo que requería un universo cerrado y vuelto un tanto hacia el pasado, pero lleno de productos de la tierra y artesanía, esa maravillosa artesanía de la provincia de Ñuble. Ese era el corazón mismo del Chile agrario, del Chile que venía de la Colonia y que estaba desperezándose lentamente, conservando muchos rasgos de un pretérito muy auténtico, aunque con muchos signos de retraso. Por eso, mis vueltas a Chillán y mis regresos como niño apuntando al adolescente, eran enormemente gratos con sus excursiones y visitas a

tantos bellos lugares. Todo eso forma parte, en forma inolvidable, de la formación de un niño. Esa es una marca que queda para siempre. Después, he ido poco a Chillán, pero tengo ese cordón umbilical invisible en la memoria. Mis estudios primarios y secundarios los hice en el Liceo de Curicó y después me fui a Santiago a seguir una carrera universitaria, y con el problema, para un muchacho pobre como yo, que tenía que trabajar para sobrevivir de cualquier manera, y así lo hice. No obstante, viví un período que podría calificarse de romántico”.

– Y en ese período, el amor, seguramente. No sólo por la mujer, sino por el ser humano, evidenciado en su obra literaria y en su actuar político. Aunque no se comparta su ideología, se le considera a usted uno de los intelectuales más brillantes de este país, y este juicio es compartido, incluso, por gente de Derecha. Hace algún tiempo, le escuchamos hablar de Vicente Huidobro como “un hombre para siempre”. ¿Le gustaría ser recordado también de esa manera?

“Yo creo, Sergio Ramón, que a todo ser humano le encantaría, porque se tendría la evidencia de que no se ha pasado por la tierra en vano. Y como la vida es un don que sólo se concede una sola vez, y sin posibilidad de repetirse ni de enmendar errores, es natural que todo ser humano sueñe con ser recordado de una manera positiva. Como un hombre que no vivió para sí, sino en función de los hombres, o sea, de la humanidad. Y para eso, el precio es el sacrificio de sí mismo y la imposibilidad de satisfacción material. Para mí, una de las cosas más condenables es la vanidad de aquel que vive en forma ególatra, en torno a la divinización de su persona, y la convierte en el centro de su actividad. Pienso que el hombre tiene que partir de la base que todo hombre es ‘uno’ en cinco mil millones de hombres, y que todos deben vivir una existencia digna y completa. En algunos hombres, esta conciencia se hace más angustiosa, mientras que otros pretenden sobrepasar todas las fronteras y convertirse en ‘pequeños dioses’. Alguna vez Vicente Huidobro también lo dijo. Yo no comparto en absoluto ese principio. La verdad es que yo creo que la humildad y la modestia son algo connatural de quien sabe que es sólo un instante en la historia de la humanidad. Para mí, también, la vanidad constituye una demostración de la inseguridad de un hombre, determinada por múltiples raíces”.

– *Pero Huidobro, al parecer, es la excepción.*

“Huidobro es, quizás, la personalidad más insólita del siglo XX, en lo que respecta a literatura chilena, por cierto. En mi opinión, fue uno de los latinoamericanos más ambiciosos en el terreno del espíritu. Y él mismo lo escribe, porque no tiene el recato de guardar u ocultar sus pretensiones, sino que las confiesa con letras de molde. ‘A los diecisiete años –decía Vicente– yo quería ser el primer poeta de América, sin incluir a Estados Unidos. Luego, con el tiempo, quise ser el mejor poeta de la lengua, y finalmente, me propuse ser el mejor poeta del siglo’. Y trató de serlo. Naturalmente, para que un poeta pudiera cumplir esta meta en absoluto, necesitaba escribir una gran obra. El, hay que reconocerlo, escribió una gran obra. Pero, también, lo obsesionaba ser el organizador de su propia fama, y ello lo obligaba a ser jefe de escuela y promotor, además, de movimientos. En este sentido, Huidobro jugó un papel excepcionalísimo, único, en la historia literaria latinoamericana, y él entendió que Chile ‘le quedaba chico’, que América Latina era un continente marginal. Hasta objetó el idioma castellano, porque en España, la Generación del 28 discutía si la Península pertenecía al Africa o a Europa. Nuestro continente contaba, en el concierto mundial, como una especie de suburbio del planeta, dominado todavía por dictadores militares. Y él tenía que estar en el mismísimo centro de la revolución poética universal, que tenía un nombre determinado. No de país, un sino de ciudad: París. Y si él quería ser un poeta mundial, debería estar allí, junto a Apollinaire y a los grandes de la plástica mundial, que estaban cambiándolo todo con el cubismo. Pero él, y nadie más que él. No podía atrasarse. Y como era inmensamente rico, y de una familia noble y aristocrática, podía darse el lujo, cumplir ese sueño. Y él fue a París, siendo un hombre muy joven en ese tiempo. Llega en 1916, en plena Primera Guerra Mundial. Tiene veintitrés años. Sin embargo, sus designios son planetarios y emprende la guerra por su propia corona, detentada por Apollinaire”.

– *Quien muere en 1919, a consecuencias de una herida a bala, ¿no es así?*

“Así es, y Vicente rescata para sí el derecho a suceder a Guillaume Apollinaire, el jefe de la vanguardia, y aspira a sentarse en el trono vacante. Todo eso parece un delirio, pero estaba acondicionado por muchos factores, fíjate. Como el complejo de Edipo que lo unía a su madre, doña María Luisa Bascuñán, dama de la alta aristocracia, casi monárquica, y quien le repetía

eso de haberlo tenido para que fuera Rey de Chile. Pensaba que si no hubiera sido tan loco, lo habría conseguido. Todo presionaba para que se sintiera un ser verdaderamente excepcional, fuera de serie. Y él se sentía predestinado a ser el primer poeta del mundo. Claro que, para lograrlo, tenía que entrar en disputa con otros que se sentían con el mismo derecho. André Malraux decía, entonces, que había en ese tiempo quince o más poetas que se disputaban la corona mundial. Unos, con merecimientos propios y que reñían entre sí. Huidobro fue el gran provocador de batallas literarias. Era capaz de las pasiones más encendidas y más desatadas”.

– *Y esa guerrilla, también la trasladó a Chile.*

“Cuando volvió a Chile, la trasladó, como tú dices, a su patria. Sus competidores de aquí fueron otros grandes poetas. Menores que los europeos, claro está, pero también grandes. Como Neruda, que estaba en España y no participó en la reyerta directamente. Tropezó, sí, con Pablo de Rokha, que era otro especialista en guerras literarias a la criolla, y que creó una de las más sonadas polémicas literarias de este siglo, y en la que, con Eduardo Anguita, tuvimos una responsabilidad”.

– *¿Responsabilidad o irresponsabilidad?*

“A mis diecinueve años, y cuando Eduardo no tenía muchos más, hicimos una Antología irresponsable, porque ignorábamos en qué ‘camisa de once varas’ nos estábamos metiendo. Con todo, fue un grito de rebelión, en un período trastornado de la vida social chilena. Esa Antología estaba influida por Huidobro, que aparecía como nuestro maestro, porque él era, como te decía antes, jefe de escuela y necesitaba discípulos. Nosotros nos prestamos gozosos para esta aventura –que no figuraba en nuestros sueños–, perdonable a los veinte años. Hicimos una Antología arbitraria, individualista, de ruptura. Vicente quería ser el único incluido, pero le escribimos a Neruda, sin soñar que nos contestaría, y nos envió un grueso legajo con gran parte de sus poemas, de la primera parte, también, de *Residencia en la tierra* Del tomo primero, para ser exactos. Esa injusticia que quiso cometer Huidobro, y a la cual nos opusimos, se cometió con la Mistral, que nos había conmovido desde muy niños, cuando la leíamos en los textos de Manuel Guzmán Maturana y sabíamos de memoria sus poemas y relatos maravillosos. La excluimos por considerarla conservadora, desde el punto de vista de la

poesía formal. La considerábamos—¡vaya insolencia!— la última representante del modernismo, que pretendíamos destruir para levantar otros templos de la poesía, y en lo social. Queríamos, en suma, generar un mundo nuevo en ambos aspectos. Eran tiempos de trastornos y Huidobro se decía muy revolucionario. Con la publicación de esta Antología se desataron todos los demonios y estalló esa “guerrilla literaria” que hizo la delicia de los profanos, auditores de grandes insultos. Como consecuencia, tuvimos, los antologadores, una fama de apenas veinticuatro horas. Alone, comentó cáusticamente que estos jovencitos apresurados habían tomado todas las medidas para entrar a la inmortalidad antes de los veinte años. Y nos calificó de ‘preciosos ridículos’, lo que era cierto, porque escribíamos de manera bastante rebuscada. Todavía no hallábamos la sencillez para comunicarnos con todo el mundo”.

— Pero, si bien es cierto que Huidobro influyó en ustedes, ni usted ni Anguita fueron “creacionistas”, ¿o estoy equivocado?

“Continuamos la amistad, pero no como discípulos ni cosa parecida, aunque sintiendo una merecida gratitud hacia Vicente, y yo, después de muchos años, sentí que tenía que pagar deudas. La primera, era esa injusticia horrenda que habíamos cometido con Gabriela Mistral. De ahí, mi libro sobre ella. Con Neruda, mi amigo entrañable, compañero durante más de treinta y cinco años de diálogo extenso y cotidiano, y sentí que tenía que comparecer como testigo. Porque, al fin y al cabo, toda esa fraternal convivencia no era justo que me la callara. Aunque Pablo había escrito su incomparable *Confieso que he vivido*, descubrí, releyéndolo, que no había dicho todo, y que la autobiografía era un género muy peligroso. Yo jamás lo haría, porque hay cosas que no quiero contárselas a nadie. Forman parte de mi vida muy privada, y Neruda también estuvo en esa situación, aunque no lo confesara. El escritor español Vázquez Montalbán presentó el libro de Pablo como ‘su conciencia externa’. Faltaba lo que Neruda no contó, porque, en su vida, hizo del amor un elemento autobiográfico necesario, y Matilde no fue el último amor de un hombre que, ya te dije, murió en su ley. Así respondo a tu curiosidad de por qué no lo dije en ese *Neruda en el corazón*, hecho para la televisión con tanta calidad y rigor, y que tú trajiste a cuento antes de iniciar esta conversación para ATENEA. Cuando se filmó, tuve que callármelo, porque Matilde aún vivía. Después de seis años conté la verdad, porque me parece que las biografías deben ser verídicas y no

pueden suprimirse cosas por un sentido moralizante o estrecho. Además, una biografía no deber ser un panegírico. La biografía no es erigir un monumento a un Santo o a un Padre de la Patria, porque ellos son inmóviles y representan acontecimientos épicos. Pero el hombre es el hombre, y Neruda fue un gran pecador, como somos todos los hombres, incluidos nosotros, y como escritor, debía contar la verdad. Después, surgió esa laboriosa marcha sobre Vicente”.

– *¿Por qué ese libro sobre Huidobro, ya tan distanciados?*

“En su caso, óyeme, sentí la necesidad de hacerlo por esa convivencia tan estrecha, tan cercana, que tuvimos en la primera juventud. Esa que será siempre la edad más bella y más hermosa. También es la edad loca, la de los grandes sueños, de las grandes aventuras. Y la vivimos con Vicente, porque Huidobro fue un eterno adolescente, un niño que nunca llegó a madurar. Eso es lo que yo traté de contar en el libro. Por lo tanto, si alguien quiere leer vidas ejemplares, no lo compre”.

– *Siempre que usted viene a Concepción, lo vemos convertido en un gran “recorredor” de librerías, y damos por descontado que es una costumbre suya muy antigua.*

“No te extrañe. La librería está hecha de papel, pero de papel sagrado, porque allí se están depositando la poesía, los sueños, las esperanzas, las vidas humanas y las creaciones de un autor. Si hay una actividad importante en la civilización, esa es la librería. Porque la librería, y jamás lo he puesto en discusión –creo que tú tampoco–, es la transmisión del pensamiento real a través de la gráfica, de la imprenta, porque ahí está el Hombre, así con mayúscula. Como en todas partes, las librerías tienen una definición, una personalidad, en el mejor sentido de la palabra. Pienso que en Chile son necesarias las librerías que posean su propio perfil, que acerquen al lector, y que, en el fondo, sean focos culturales. Que reúnan a la gente, y que ésta no sólo llegue allí a comprar



• V. Teitelboim en los años 60.

libros, sino a aclarar sus ideas y sus pensamientos, y que constituyan un punto de cita entre aquel que lee libros y quienes los escriben”.

– *¿Y quienes los critican, también?*

“La crítica es un problema cardinal y gravísimo en la vida literaria chilena. En el pasado, tenía mucha gravitación por lo versada, y por eso mismo, su opinión hacía camino. Ahora, si no condena, guarda silencio”.

– *Como “sobreviviente de una época”, y lo cito textualmente, usted ha rendido testimonio de ella con sus libros. Sin embargo, ¿no le parece que la tarea está inconclusa?*

“Tienes razón. Esta es una tarea interminable, sí, y es una tarea de muchos, que tú tampoco puedes eludir. Creo, naturalmente, que los jóvenes tienen que asumir esta responsabilidad, y continuar esta labor, tratando de no olvidar a nadie y rescatar los valores con justicia y con fe. Me refiero, por cierto, a nuestros valores intrínsecos, y yo tengo la cofianza que esta tarea, imposible de asumir por un hombre o una generación, es un deber que corresponde a las nuevas promociones y hornadas literarias de este país. Entonces creo que así se rescatará una memoria histórica más completa, porque ya no serán tres o cuatro grandes de la literatura chilena, sino muchos más y valiosos. Y no en un sistema de nombres eminentes, sino también de



• *En los años 70, cuando era senador de la República.*

fenómenos, profundizaciones, realidades sociales, que nos permitan explicar más hondamente lo que es nuestro país, lo que Chile ha querido ser. Y también, Sergio Ramón, las contradicciones que existen en su fondo, pues siempre hay interpretaciones también diferentes. Algunos quieren una ‘cultura de la muerte’, pero también puede existir una ‘contra-cultura de la muerte’. Porque, al margen de esto, son mayoritariamente superiores los valores humanistas, y ésta, no lo olvidemos, es una batalla, una lucha constante por las mentes, por las conciencias, y ésta es una batalla previa que decidirá el resultado de otras batallas, en lo político y social, en el futuro”.

– *Usted, entre tantas batallas, libró una desde el exilio, y a través de la revista Araucaria. ¿Hablamos de ella, ahora?*

“Y con mucho gusto, porque la revista, en Chile, es un hecho prácticamente ignorado. Y esa revista tiene un nombre. La *Araucaria de Chile* es hija del exilio, que tú me recuerdas, y pretendió ser la expresión de la cultura nuestra desterrada. Pero con una voluntad absoluta de continuar fiel a sus raíces, y de allí, el origen de su nombre. La “Araucaria” araucana, o sea, este árbol siempre verde, este pino que soporta todos los vendavales sin quebrarse. Era la voluntad del exilio, el símbolo de nuestro pueblo, su afán de mantener la frente alta y, en medio de las tormentas, continuar defendiendo los valores de la libertad, de la democracia, y bregar por la recuperación de este Chile nerudiano, mistraliano. De este Chile que no era un paria ni un perseguido, sino un representante legítimo de nuestra nacionalidad”.

– *Pero esa no fue su única proyección, y así lo entendemos.*

“Cierto, muy cierto. Porque *Araucaria* fue también una revista proyectada al ancho mundo de América Latina y, por lo tanto, se transformó, también, en una publicación en donde brillan los nombres más destacados de la literatura de nuestro continente. Desde luego, Julio Cortázar, García Márquez, Benedetti... Los nombres, en suma, más significativos desde México hasta Chile, y nosotros tenemos un motivo de agradecimiento respecto de tanto talento de nuestro continente que, por la solidaridad con Chile, de manera absolutamente gratuita y sin insinuar jamás la más leve remuneración, colaboraron allí. Fue una revista, o lo es, que nació de la discusión de los exiliados chilenos, y de la cual yo fui el director, y Carlos Orellana el secretario de redacción, con residencia en París. Durante doce años continuados, y en forma regular, se publicó en Madrid. Tuvo la más alta distribución en el mundo, puesto que se vendía en cincuenta y dos países. Y no sólo la compraban los chilenos exiliados, sino todos aquéllos interesados en la cultura nuestra y latinoamericana, y también, en la tarea de contribuir a recuperar la libertad en nuestra patria. Esa revista tuvo un criterio de excelencia y de calidad. No era una revista agitativa ni panfletaria, sino una revista de profundas reflexiones, y sirvió, además, para demostrar que la Dictadura aventó enormes capacidades intelectuales, expulsándolas de Chile y condenándolas al destierro. Allí descubrimos gradualmente que multitudes de autoridades científicas, académicas y culturales chilenas, que



• *Volodia Teitelboim.*



• *Con el autor de este artículo, en la Casa del Arte, en agosto de 1994.*

trabajaban en las más renombradas universidades del mundo occidental, y de los entonces países socialistas, constituían una verdadera constelación de la riqueza intelectual más honda de los chilenos. Así, durante ese período, la revista fue el hogar acogedor, donde los ensayos más destacados –sobre todo, los problemas de la historia, de la política, de la economía– tuvieron un refugio. Por otra parte, muchos de los pensadores que han concebido Chile y América de una manera profunda, están en las páginas de *Araucaria*. Al igual que tanto otros, y yo mismo, se enorgullecerán después de haber sido testigos de un tiempo glorioso, al que debemos retornar. Y al que volveremos privilegiando el humanismo por encima de todo”.

– *Hablando en singular, ¿qué significó para usted el exilio?*

“Imposible no pluralizar. Porque el exilio constituyó para todos la pérdida del ‘hábitat’ natural, ser arrancado, de súbito, de su tierra, de su aire, de sus relaciones y de su vida de trabajo normal. Algo así como ser lanzado por los aires al espacio, y caer golpeado. Pero es necesario incorporarse y ponerse de pie, porque hay que seguir viviendo por los ideales que se tienen. Porque el retorno a la esperanza se está anunciando después del gran desplome. Volverá una sociedad donde la libertad y la democracia tengan una vigencia muy genuina y mucho mayor que la nuestra, donde la violación a los Derechos Humanos siempre anda dando vuelta, y donde no se vive como ser humano plenamente”.

– *Y esa sociedad, ¿abarcará todo el mundo? ¿Cómo se imagina usted el siglo XXI, ya tan próximo?*

“Yo estimo que eso va a extenderse por todo el mundo, y que el siglo XXI no será un siglo sin historia y donde el capitalismo aseguró su reino por la eternidad. Será un mundo en ebullición, un mundo crítico, un mundo con muchos problemas, pero un mundo donde los pueblos también se encontrarán. Un mundo donde el socialismo humanizado tendrá el valor de una bandera de esperanza para el género humano, y creo que en Chile también ocurrirá lo mismo”.

– *Antes que eso, y volviendo a su trabajo literario, ¿ocurrirá un libro sobre De Rokha, como muchos esperamos?*

“Yo quiero decirte que, acerca de De Rokha, tengo conciencia clara del

gran significado poético, y también testimonial, de una personalidad tan fuerte, tan imponente, tan contradictoria y tan dramática, como la suya. Cuando él murió, yo hice una intervención en el Senado, que fue publicada íntegramente y que es un intento de retrato, lleno de admiración y de comprensión profunda, creo, por este hombre que vivió, como él mismo lo dijo, “a patadas con la vida”, y que tuvo que recorrer el país entero, cargando maletas con sus propios libros, para poder afrontar los gastos de mantención de una familia numerosa. Para mí, Pablo de Rokha constituye un personaje patético, pero, no por eso, menos respetable. Si yo tuviera tiempo, me gustaría escribir algo más extenso sobre su obra. Pero ya no tengo mucho tiempo, y éste es un momento de difícil decisión. A través de cuarenta años, yo he acumulado originales de libros inconclusos y que siempre, naturalmente, son como frascos de fetos en formol, que estoy contemplando y que constituyen una acusación para mí. Yo tengo que echarles una mirada para ver si están vivos o están muertos. En qué medida conservan alguna validez, o si la han perdido con el tiempo. Son textos muy diversos y de distintos géneros. Y tengo otro problema, el de los libros que no he escrito y que algunos, como tú, piensan que debería escribir. Y entre ellos, está el libro sobre De Rokha, para que lo visto y oído personalmente en mi vida, no se pierda para siempre, pues se trata de algo absolutamente intransferible. Estoy en un momento de reflexión y de decisión, como te decía, y cuando volvamos a encontrarnos, ya habré resuelto qué hacer”.

— A propósito, y para terminar. Si volviera a ser niño, ¿qué es lo primero que haría el pequeño Volodia? ¿Abrazar a sus padres?

“Sin duda. Abrazar a mis padres y, también, hacer el mismo camino. Pero con las posibles rectificaciones y mejorías, que representaría el haber adquirido ya la experiencia para no cometer graves errores”.

Tomé, agosto de 1994.